

## **EL FIN DE ETA. LA LETRA PEQUEÑA<sup>1</sup>**

David Mejía

El cuatro de marzo de 2019, los etarras Iñaki Etxarte y Germán Urizar fueron homenajeados en las calles de Azpeitia y Bilbao, respectivamente. Como documenta COVITE a través de su Observatorio de la radicalización, estos dos homenajes se suman a los más de mil que se han celebrado en los últimos años en las calles del País Vasco y Navarra. Por razones que desconozco, España es un Estado de Derecho que tolera que personas condenadas por delitos graves (asesinatos, secuestros, extorsión, pertenencia a banda armada) sean impunemente homenajeadas en la vía pública, con la complicidad de administraciones locales. Pero el objetivo de este escrito no es ahondar en las causas de la pasividad del Estado, sino tratar de entender por qué una parte de la sociedad es capaz de admirar a quienes durante décadas contribuyeron a sembrar el terror. Este informe nace de la preocupación por la progresiva legitimación de la violencia que ejerció la organización terrorista ETA, brazo armado del nacionalismo vasco.

Hace unas semanas, Maite Pagazaurtundúa se puso en contacto conmigo porque había leído una columna mía publicada en TheObjective.com a raíz la polémica fotografía en que Idoia Mendía, Secretaria General del Partido Socialista de Euskadi, disfrutaba de una comida navideña con Arnaldo Otegi. Por supuesto, también estaban allí representantes de Podemos y del PNV, pero, por desgracia, eso ya no es noticia. Lo que provocó sorpresa,

---

<sup>1</sup> Texto elaborado a partir de la conferencia pronunciada en San Sebastián el 7 de febrero de 2019

indignación, y hasta la baja en el PSOE de José María Múgica, era ver a allí a la líder del PSE, un partido tan castigado por la violencia de ETA.

Yo interpreté la presencia de la señora Mendia como un ejemplo de la extensión progresiva de una ola de legitimación de la voz de ETA en el espacio público, una voz que encarna Arnaldo Otegi, a quien hemos visto ya compadreado con periodistas, sonriendo en *selfies* y siendo etiquetado como hombre de paz por no pocos opinadores. Por esta razón, me preguntaba en esa columna por las razones que llevan a una parte de nuestra sociedad a indultar moralmente al terrorista y, sin embargo, no al delincuente común. Por qué se repudia al asesino doméstico, al pederasta, incluso al político corrupto, pero se naturaliza el contacto con terroristas que nunca han renegado de la violencia, ni han mostrado arrepentimiento, ni han colaborado con la justicia. Se compadrea con Otegi, pero no con otros criminales. Esa actitud omnicomprendiva y misericordiosa no se aplica a ningún otra clase de delincuente.

Este fenómeno resulta especialmente llamativo considerando que vivimos en una sociedad hipersensibilizada con determinados crímenes como la violencia de género, los abusos y agresiones sexuales, o incluso delitos de menor impacto como la corrupción o el maltrato animal. Por lo tanto, considero que es importante preguntarse qué ha sucedido para que la sensibilización hacia las víctimas de ETA marche en sentido contrario. A qué se debe esta actitud, si no de legitimación, sí de comprensión o indulgencia hacia quienes fueran miembros de ETA y hoy siguen siendo defensores de sus actos.

Las preguntas que estructuran mi reflexión son las siguientes: ¿de dónde procede esa inconsistencia moral? ¿Por qué los inhibidores del mal se activan de manera tan selectiva?

¿Acaso la vida de una víctima de ETA vale menos que la de una mujer asesinada por su pareja? O acaso tiene que ver con la nobleza de los motivos: ¿son los motivos que conducen a un crimen político más respetables que los que llevan a un crimen sexual o pasional? Lo evidente es que no hay político que siente a la mesa a unos asesinos, ni siquiera a corruptos, con independencia de que hayan saldado sus cuentas con la justicia, y sí a Otegi o, en Cataluña, a Carles Sastre, destacado miembro de Terra Lliure, condenado por el asesinato de Bulto.

Da la impresión, por tanto, que se indulta al criminal que actúa con intencionalidad política. Pero no es del todo así; el perdón funciona con una discrecionalidad evidente. Por poner un ejemplo, no se ha profesado la misma indulgencia hacia Carlo García Juliá, pistolero de la matanza de Atocha. Verle sonriendo junto a los líderes de la derecha en la portada de un diario provocaría, con razón, un escándalo nacional. Lo mismo sucedería con Billy el Niño o un miembro del Batallón Vasco Español. Todo apunta a que solo gozan de remisión social quienes ejercieron el terrorismo por una suerte de liberación nacional. Misteriosamente, cuando el objetivo del crimen es agredir al Estado, los criminales logran no desprestigiarse, ni contaminar a quienes se aproximan a ellos. Y esta es una de las claves que pueden ayudarnos a entender la inconsistencia moral que mencionábamos anteriormente: se absuelve a quienes actuaron contra España, porque han logrado convencer al mundo de que, en el fondo, actuaban contra Franco. Así se explica que, en paralelo a esta hipersensibilidad y afán de justicia, y hasta de venganza, por determinados delitos, exista una laxitud moral frente a los crímenes del terrorismo vasco. La ola de sensibilización recorre en el caso del terror de ETA el camino inverso. Y esto es porque se

está imponiendo la versión nacionalista de lo acontecido en el País Vasco. Aquí llegamos a la famosa cuestión del relato, la pregunta por cómo recordaremos a ETA.

Ahora veamos, brevemente, cuál es esa narrativa y por qué, en mi opinión, está arraigando tan fácilmente en las conciencias de una parte de la sociedad española. Y recalco lo de española, porque este proceso no se circunscribe al País Vasco. Si estamos viviendo un proceso de insensibilización con el dolor producido por ETA es porque hay grupos sociales, sin contacto con el nacionalismo vasco (en Madrid, en Barcelona o en Cáceres), que han comprado su mensaje. Esto es lo que Gaizka Fernández Soldevilla ha llamado «El boom de la narrativa del ‘conflicto vasco’», refiriéndose a la adopción, total o parcial, de los postulados de nacionalismo, por colectivos ajenos a él, probablemente por su naturaleza anti-Estado o antisistema. La legitimación de la violencia crece a medida que se expande este relato que ya hacen suyo todos los nacionalismos, Podemos, e incluso una parte del Partido Socialista.

En mi opinión, esta narrativa se ha aceptado sin excesiva resistencia por varios motivos: En primer lugar, se ha accedido a hablar de ETA en el marco retórico del «conflicto». Seguidamente, asumiendo el discurso de la banda, se le ha otorgado un papel relevante en la lucha antifranquista. En tercer lugar, el relato romántico del gudari arraiga en el infantilismo al que tristemente ha descendido buena parte de la izquierda española, que aún se ve seducida por la retórica de los años 60 y el aura del guerrillero. Finalmente, se trata de una narrativa gratificante para una parte importante de la sociedad vasca, que se resiste a verse retratada como insensible hacia el dolor de sus conciudadanos, cuando no directamente cómplice de los perpetradores. A mi juicio, estas son las cuatro causas que

explican a asunción del relato nacionalista y, en consecuencia, la paulatina normalización del terrorista en nuestra esfera pública.

## **EL RELATO**

Conviene recordar que esta narrativa no es nueva. Es más, podríamos decir que es la misma de siempre; lo sorprendente es su ágil difusión en los últimos años. De hecho, da la impresión, contra lo que se podía intuir, de que el abandono de las armas ha desobstaculizado la propagación del discurso. ¿Y en qué consiste esta narrativa? El relato sostiene que existe, por lo menos desde el siglo XIX, una confrontación entre España y Euskadi, y que desde entonces se ha producido una opresión sistemática sobre el pueblo vasco. Esa historia de opresión se emplea, en última instancia, para entonar un discurso político defensivo y para justificar el uso de la lucha armada como medio para lograr la liberación nacional. La violencia, por tanto, sería un recurso reactivo a una agresión previa. El discurso de ETA está, como señala Luis Castells, muy influido por los discursos del tercer mundo imperantes en los años sesenta. Y este dispositivo narrativo lo suscribe todo el nacionalismo: existe un conflicto y el pueblo vasco es una víctima. Es una visión común y compartida, que establece vasos comunicantes entre los nacionalismos y les permite retroalimentarse discursivamente.

Esta narrativa está detrás de la insistencia en la violencia de “dos bandos” y explica el lenguaje que se emplea: violencias, derechos humanos, relatos inclusivos, consenso, etc. Es evidente que esta terminología no es demasiado precisa dado que el 93% de las víctimas mortales del “conflicto” son víctimas de ETA. Pero se trata precisamente de disolver a las víctimas en un magma supra-estructural. La retórica del “conflicto

ancestral” diluye a las víctimas en un *continuum* histórico y su significado político queda así difuminado en un sufrimiento comunitario, equitativamente distribuido (Castells).

Como ha señala Martín Alonso: “La ideología que condensa el marco del ‘conflicto’ funciona como un útil de legitimación en cuanto que instituye unos fines superiores que invierten la jerarquía axiológica: los seres humanos (...) son degradados a la condición de medios” (117). Dice también Alonso: “Hay una vía rápida para determinar el estatus de la víctima: (...) Cuando las víctimas ocupan el centro, apuntan directamente a los asesinos y **mediatamente a las ideologías legitimadoras**. Cuando es el relato del conflicto el que se pone en el foco, se adelantan en la escala de valor los presos (criminales) y las víctimas quedan relegadas” porque se “Dota de un sentido trascendental a todo lo que hicieron los etarras y quienes les aplaudieron”. ¿Para qué sirve esto? Contesta Fernández Soldevilla: sirve para “legitimar aquello que, de otro modo, serían simples crímenes”.

Debido a estos esfuerzos por enmarañar discursivamente el relato del terror, la labor de todo aquel interesado en la verdad debe consistir en recolocar los hechos bajo la luz adecuada para llegar a un única conclusión: que las víctimas del terrorismo lo son como consecuencia de decisiones deliberadas, no de complejos procesos históricos ni tensiones estructurales. Esta indulgencia con el terrorista ha influido determinadamente en cómo la sociedad metaboliza sus crímenes. También tiene que ver, como he anticipado, con que a la actividad de ETA le presuma injustamente una intención antifranquista. Vayamos a ello.

## ¿ANTIFRANQUISMO?

El lugar de España donde más leve fue la represión franquista fue en Cataluña, seguida de cerca por el País Vasco, que ocupa el segundo lugar. Pero el franquismo borró las memorias republicana y socialista y esos huecos los rellenoó el nacionalismo. Javier Gómez Calvo y Erik Zubiaga Arana nos recuerdan que también la izquierda fue torpe en la recuperación y reivindicación de su memoria. Muerto Franco, no había nada con qué arraigar. Y de eso se benefició el nacionalismo. Esa manipulación de la memoria convenció a muchos de que ser nacionalista era el modo de ser antifranquista. Fíjense lo que sucedió con José Bergamín, con Alfonso Sastre o el socialista Miguel Amilibia.

La realidad es que ETA nunca fue antifranquista, salvo en un sentido irrelevante, tal y como escribía Ruiz Soroa recientemente en El Correo: «era antifranquista porque, como Franco era el jefe del Estado español, luchaba contra él. Como luchó contra el que siguió a Franco, el Rey Juan Carlos. Y como hubiera luchado contra cualquier régimen político español, República incluida, sencillamente porque luchaba contra España como poder colonial que sometía al pueblo vasco y le era igual quién fuera el titular de ese poder». No era violencia contra Franco, sino contra España. Y esta era más peligrosa para sus fines una vez democratizada que cuando era una burda dictadura.

Los esfuerzos que ha llevado a cabo la *intelligentsia* nacionalista para presentar a ETA como continuadora de la actividad de los gudarís de la Guerra Civil ha sido, no por delirante, menos efectiva. Alimentar el mito del gudarismo ha sido fundamental, no el balde se trata de uno de los pilares del sabinismo, el otro siendo la visión de la nación vasca en bajo perpetua opresión. El empeño es tal que se ha llegado a escribir que la

pistola de Txabi Echebarrieta, asesino de José Pardines —primera víctima mortal de ETA— muerto poco después tras un tiroteo con la Guardia Civil, era la misma que había empuñado un gudari en los años treinta, algo que Jesús Casquete ha desmentido con rigor.

Más allá de las anécdotas del relicario nacionalista, lo relevante es que la visión de ETA como dique de contención del franquismo ha calado. Y en la cínica defensa de sus orígenes existe una constante apelación a grandes valores. Algo que me recuerda a lo que Stieg Larsson señala en una de sus novelas: «lo llamativo de que en la propaganda Nazi siempre apareciera la palabra ‘libertad’». Aquí la propaganda ha logrado sus fines, y una parte de la izquierda española respeta ETA y a sus portavoces como fuerza antifranquista. Y sí, condena los crímenes, por lo menos los cometidos en democracia, pero los ve como parte de ese proceso histórico al que apelaba anteriormente. Y esto nos lleva al tercer problema: el infantilismo de buena parte de la izquierda española.

#### **VICIOS DE LA IZQUIERDA**

La izquierda se ha visto seducida tanto por el bulo del antifranquismo como por el aura romántica del guerrillero. Y esto sucede, a mi juicio, por dos motivos: una parte de la izquierda (principalmente la que no lo vivió) no ha superado el imaginario de los años 60, en especial las parcelas relativas a la liberación de los pueblos coloniales y las insurrecciones armadas en Latinoamérica. Y en segundo lugar, porque la misma izquierda se ha esmerado en situar a Franco en el eje del debate político. Esto comenzó con el Presidente Rodríguez Zapatero, y la irrupción de Podemos en la escena pública y la radicalización del nacionalismo lo ha cronificado. Se ha popularizado la idea de que la

Transición fue poco menos que una gesta lampedussiana para perpetuar un franquismo sin Franco, y que el llamado régimen del 78 no es una verdadera democracia. En consecuencia, cuando en el paisaje político uno sólo distingue entre franquistas y antifranquistas, Otegi cae del mismo lado que Podemos.

## **CONSECUENCIAS**

Habrà quien asienta en conformidad con todo lo expuesto pero diga. «Pero si ETA ya no mata, ¿por qué importa todo esto?». Importa, en primer lugar, porque ETA ha sido derrotada en el plano militar, pero no moral. Los sedimentos ideológicos, el cuerpo de creencias que condujeron a la violencia, aún subyacen en la sociedad vasca y navarra. Seguimos viendo las palmadas en la espalda a Otegi, los homenajes a etarras, a asesinos múltiples siendo felicitados por la calle, incluso brotes de violencia extrema como sucedió en Alsasua. Y es que no podemos olvidar que, una vez derrotado el nazismo, fue necesario desnazificar Alemania. Se ha derrotado a ETA, sí, pero no ha habido un reconocimiento general de su naturaleza criminal. El cese de la violencia no ha llevado aparejado un cuestionamiento de las razones que la impulsaron. Y el nacionalismo, que hoy es más hegemónico que nunca (no olvidemos que, en España, el tiempo siempre juega a su favor), no se ha distanciado del amplio cuerpo de creencias que compartía con ETA. Y estas ideas no sólo son las que han legitimado la violencia, son las que la han provocado. Si mantenemos el relato de la opresión, la idea de ETA como fenómeno reactivo a una supuesta represión ancestral del pueblo vasco, si no anulamos el aura romántica del asesino, no dejaremos de estar expuestos a una reanudación de la violencia. Nada ha cambiado en el canon doctrinal del nacionalismo. No ha habido un distanciamiento de los postulados identitarios, ni de la retahíla pseudohistórica que los alimenta. Y esto no

se pueden dejar en manos del llamado “tercer espacio”. Ni de relatores, ni de cualquier otra ocurrencia. En otras palabras, no se puede ceder ante la visión del PNV, que ha logrado, misteriosamente, colocarse discursivamente como el “centro”, entre los asesinos y el Estado.

Por lo tanto, es fundamental desarticular con un sistema de creencias urdido mucho antes del cese de la violencia. Y es urgente, porque el relato tiene un movimiento centrífugo. Como decíamos, ha sucedido algo sorprendente, el fin de la violencia no ha deslegitimado el discurso, si no que ha desobstaculizado su circulación. Por eso hay que contrarrestarlo, buscar modos de re-sensibilizar a la población, que las víctimas reemplacen al “conflicto” como núcleo del debate, y repetir, una y mil veces, que no se puede estar con las víctimas sin repudiar a sus asesinos. Es más, la mejor manera de respetar a las víctimas es repudiando a sus verdugos.